



1.1 El otro, ¿soy yo?

Manibinigidinya
Abadio Green Stocel
Pueblo Gunadule

Coordinador Programa de Educación Indígena.
Docente de la Licenciatura en Pedagogía de la Madre Tierra
Facultad de Educación, Universidad de Antioquia

En el ritual amazónico del *Yuruparí*¹ los hombres toman las fuerzas, el color, la piel, la capacidad de volar o vivir bajo la tierra, de lo que representa la máscara que utilizan. Aquí la máscara hace que el ritual no sea una representación sino una

¹ Ritual practicado por varios pueblos indígenas del Vaupés.

transformación, lo que permite que un hombre se haga realmente anaconda o águila, no reside en la perfección de la máscara, ni en seguir los pasos adecuados, aunque eso sea muy importante. Lo que permite esta transformación, ser el otro, está en el corazón. Si no es desde y con el corazón, la máscara, no transformaría al hombre en el abuelo-anaconda, sino que sería un mero disfraz y haría del hombre un comediante.

La lucha del pueblo *U'wa* por su derecho a vivir, aún amenazado por la explotación petrolera de la compañía Occidental Petroleum, es la lucha por todos los pueblos del mundo. El equilibrio de la Sierra Nevada del Cocuy garantiza el equilibrio de todo el planeta y de todos los hombres y mujeres y plantas y animales que lo habitan, como dicen los *werjayás*². Para decir eso, hemos tenido que pertenecer no solamente a los p'hhueblos indígenas de Colombia, sino que hemos debido ser también alemanes, catalanes, vascos, magyares, polacos...

Para poder ser anaconda o águila hay que preparar el corazón mucho tiempo; algunos de los viejos lo hacen durante toda su vida. Para ser de todos los pueblos indígenas de Colombia o de todos los pueblos del mundo, los viejos nos han dicho que no basta la máscara de las palabras, nos han dicho que debemos preparar las manos, el cuerpo, los ojos, la boca, los oídos...

Pero que para ver al otro no bastan tampoco los ojos y que incluso después de tener el cuerpo y el corazón preparados, debemos seguir cuidando que la mezquindad no nos engañe, que la vanidad no nos ciegue, porque entonces los abuelos-anaconda o los abuelos-águila no habitarán en nosotros y las máscaras serán apenas unos malos disfraces. Ir al otro y volver del otro, no es problema intelectual, es un problema del corazón. Claro que uno puede

2 Sabio de la comunidad U'wa. Los U'wa tienen como deber establecido por Sira, el creador del mundo, mantener el equilibrio de éste, lo cual se garantiza preservando las lagunas y las aguas subterráneas. Esa es la razón por la cual se oponen a la explotación petrolera en su territorio, el corazón del mundo.

estudiar al otro, es más, es un deber hacerlo. Pero comprenderlo es algo distinto. Conocer la vida de los pueblos, hacer la pregunta necesaria que conduzca al saber, no sale del conocimiento del científico, sino del corazón del hermano de la hermana.

Sólo así es posible que las personas puedan salir de su mundo y entrar en los otros mundos. De lo contrario, es posible que vayan y regresen, pero sin comprender, pisando las hierbas que dan vida, porque imaginan que son maleza, profanando la tierra porque la ven como negocio, violando el agua con su indiferencia. Se podrá ir a muchos mundos, pero si no se tiene el corazón preparado, no veremos nada. Triste forma de conocer. Pero esta es una forma de ir y venir: la del mundo que se hace persona, la de todos. De alguna manera la reflexión difícil es la del mundo que se hace persona, la de todos que se hacen uno. Para que el corazón de cada hombre le permita volar, es necesario que todos los hombres hagan uno. El ritual del *Yurupari* sólo se puede hacer si hay comunidad, sin comunidad, el ritual es vacío. Sin la Organización indígena, no es posible que uno sea parte de todos los pueblos indígenas. Sin comunidad universal, no es posible sostener el mundo.

Hace unos meses, nos convocaron a hablar sobre la jurisdicción indígena, sobre nuestra ley. Dos días antes, el Estado colombiano había dado vía libre a la Occidental Petroleum para que explorara en territorio *U'wa*. Estábamos indignados, seguimos indignados:

“Nuestras leyes de origen, nuestro derecho mayor, asumen la responsabilidad con todos los pueblos del mundo. Es un derecho de nosotros y para nosotros, no son unas leyes subterráneas sino del centro de la tierra, lo que es muy diferente; no son leyes chiquitas, sino que atienden a los animales y las yerbas indefensas y eso es diferente. Son leyes para la vida y para después de la vida, porque también hay deberes y derechos de los muertos y con los muertos”³

3 ONIC. Acerca de Leyes de Vida... y de Leyes de Muerte. Ponencia presentada en el Seminario sobre Jurisdicción Indígena. CRIC, Defensoría del Pueblo, Popayán, 1997.

El Estado afirma que nuestro país es pluriétnico y multicultural, y nosotros también. Pero creemos que a pesar de eso, no hablamos de lo mismo, porque no se habla con el corazón:

No hablamos de lo mismo cuando se intenta sujetar los regímenes jurídicos indígenas a un pensamiento occidental, tratando de “aplicar” criterios como la universalidad de los Derechos Humanos del “individuo”, mientras nosotros hablamos de la ley de la Madre Tierra y los derechos colectivos.

No hablamos de lo mismo cuando se insiste en el debido proceso a la usanza blanca, cuando se exigen “pruebas empíricas” para demostrar que un jaibaná⁴ está haciendo daño o que un conjuro está operando o que alguien hizo mal de ojo, al tiempo que nuestros mayores han soñado o adivinado quién es el responsable. Nuestra Ley tiene su tiempo y su espacio. Y no es el tiempo del Estado, sino el de los sueños de los taitas y mamos⁵ o el de las estrellas (...)

El Estado parece estar dispuesto a reconocer que el cepo y foete⁶ son admisibles y no se constituyen en procedimientos crueles y atroces, que están adaptados para que las comunidades estén en armonía. Aceptamos por ahora que es así, aunque el “universalismo” occidental se siga asombrando con el destierro externo de los indios mientras impone el destierro interno en sus cárceles o en la de los Estados Unidos, pero a lo que se niega de plano el Estado es a entender que la ley indígena no sólo tiene aplicación en lo penal, ni su obsesión es el castigo (...)

Nuestras leyes de origen, nuestro derecho mayor, no tienen obsesión con los criminales y los delincuentes, entre otras cosas porque si los hay, llegaron con la propiedad y con lucro. Antes que eso, nacieron para decirnos que cuando siembras yuca debes

4 Conocedor de jais (espíritu de las cosas, las enfermedades) entre los Embera.

5 Sabios mayores entre los Nasa y los indígenas de la Sierra Nevada de Santa Marta.

6 Formas de castigo utilizado entre los indígenas de la zona andina.

sembrar dos, porque si una no nace, la otra vivirá; para saber, como lo saben los Embera Chamí, que se debe sembrar suficiente maíz para la gente... pero también para las ardillas y los micos; para decirnos que hay que pagar a la Madre Tierra el árbol que se corta; para decirnos que el principio de la existencia se comprende al final de la vida; para decirnos que debemos ayunar en los meses que suben los peces a desovar; para exigirnos que mantengamos vivas las fuentes de agua; para decirnos que todo está sostenido, que el *rwiría* (el petróleo) y las piedras están trabajando; que los hijos de mi hermano son mis hijos, y padre el hermano de mi padre.

Nuestras leyes de origen, nuestro derecho mayor, van más allá del lucro y la muerte.

“(Porque) Junto a un reconocimiento formal de los derechos, viene el retroceso real de nuestra autonomía y la negación a que ejerzamos el derecho a decidir qué pasa en nuestros territorios. Y si no es así, ¿para qué la jurisdicción interna? ¿una jurisdicción para decidir sobre el robo de gallinas, pero que no puede decidir sobre una carretera o un canal que nos parte el cuerpo y nos llena de enfermedades como la prostitución y la miseria? ¿una jurisdicción para controlar a los indígenas que pescan con barbasco o tumban árboles, pero que no puede hacer nada cuando Urrá impide que nazcan peces o cuando Madarién arrasa un bosque?

Pero no es solamente con el Estado colombiano con el que tenemos este debate para que se nos mire integralmente. El fondo para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, las fuerzas insurgentes, el Banco Interamericano de Desarrollo, nos ven por pedazos y escogen solo una parte, la que les interesa: como poblaciones con problemas pero sin derecho a la auto-representación; como base social para las acciones políticas pero sin derecho al control territorial; como posibles interlocutores de las políticas regionales pero sin participación en la definición de directrices globales;

como merecedores de respeto a nuestras tradiciones culturales pero sin derecho a tener intereses económicos.

Lo que queremos decir, es que no basta reconocer al otro en aquella dimensión que nos interesa o parece correcto, o urgente, o parecido. En tal caso, nos estaríamos viendo y proyectando a nosotros mismos en el otro, pero no viendo al otro como alguien diferente. Es cierto que requerimos resolver muchas necesidades de bienestar, muchas limitaciones sectoriales, pero nuestra demanda principal es que se nos reconozca como unidades políticas, como pueblos. Si no se nos ve como pueblos, se nos descuartiza; queremos reconstruir el gobierno propio, la justicia propia, el territorio y la autonomía.

Es indudable que esta pretensión altera el orden mundial, y altera el orden interno, incluso el orden de los propios pueblos indígenas, que nos hemos acostumbrado a cierto paternalismo. Ya otros amigos han dicho que la duda está en si cambiamos el mundo o si los hacemos de nuevo. Cambiarlo o hacerlo de nuevo –eso está por decidirse– implica asumir al otro en su integralidad política; pero también asumirnos nosotros como hacedores de la historia, hacedores de la política, hacedores de nosotros mismos:

Hacer la historia, rehacer la memoria, significa rehacer una relación con nuestra Madre Tierra que hemos perdido. No se trata de hacer en este lugar un cuestionamiento al concepto de desarrollo y a sus miles de interpretaciones. Más que debatir sobre el desarrollo, nos hemos tenido que defender de él. Pensábamos que nos habíamos alejado lo suficiente de los riesgos, como para poder pensar sin su presión, pero más allá ha llegado.

Ellos, nuestros dioses y nuestros antepasados, han querido que el tiempo y la historia se burlen del conquistador. Los invasores *riowá* y los invasores *yaranáís*, nos arrinconaron en las laderas y en los

peladeros donde apenas se pueden cultivar los alimentos de pan-coger; dejaron para ellos los valles y las llanuras productivas.

Pero la locura del dinero ha vuelto las cosas al revés. Ahora producir los alimentos no enriquece a nadie y ahí están los campesinos para mostrar que su estado en esta sociedad es la pobreza. Ahora la riqueza está en los territorios áridos, en las sabanas que van camino a convertirse en desiertos, en la selva que se tumba. Ahora la riqueza para el *riowá* está en estas tierras que hace unos años no les importaba para nada. Ahora, en nuestro aire no ven el vuelo de las tijeretas, en nuestras montañas no ven lapas ni armadillos, y bajo nuestra tierra no ven los gusanos que abonan, ni ven la vida.

Ahora, ellos ven dinero, petróleo, carbón, oro, uranio, dinero. Dinero que no sirve para comer ni para ser felices, dinero para que haya más pobreza, como la que viven nuestros compañeros *Sikuanis* de Saravena. De la noche a la mañana, los indios llenos de pobreza, nos convertimos en indios llenos de riqueza, riqueza para ellos, porque para los pueblos indígenas la explotación del petróleo es la muerte.

“Berito Cobaría, presidente de la Asociación de Cabildos y Autoridades Tradicionales U’wa, nos contó, con su palabra verdadera (...)

“El medio del corazón, medio del mundo es el que maneja todo; pero eso no es explotable ni violable; en Caño Limón-Coveñas ya aprovechó, ellos no saben como cuidar... Por eso los ríos están muy bravos, no respetan las hamacas ni los puentes; ni gobierno es capaz de retener eso; nos están llevando mucha autonomía y muchos materiales del espíritu de nosotros; hoy tenemos que asegurar... el petróleo es la Madre de todas las lagunas sagradas... él está trabajando; las esmeraldas, el oro, el carbón, todos esos recursos no son tocables, son dejables, ellos son vivos, están trabajando... antes de llegar la colonización no era eso, ahora como se mete candela se quema todo el cuero; pobre mundo,

está sufriendo, nadie quiere respaldar y cuidar esta vaina; el mundo chillaba, a media noche habla...”

Pero no es solo pensamiento del indio. Todos los estudios del sabio blanco dicen lo mismo sobre el calentamiento de la tierra. Todos los hombres y mujeres honrados entienden que el camino a seguir, abriendo heridas a la Madre tierra, es un camino mortal.

Los riowa que acumulan dinero no quieren aceptar esta justicia del tiempo y de nuestros dioses. Y quieren sacarnos de los últimos pedazos de territorio que nos quedan. En todos estos territorios, las compañías petroleras, aliadas con el gobierno, se han convertido desde principios de este siglo en los nuevos colonizadores. Llegaron aniquilándonos y ahora al igual que hace varios siglos, a cambio de nuestros territorios y nuestras vidas, nos ofrecen baratijas.

Al contrario del hombre blanco, nosotros tenemos memoria y ella nos recuerda que las primeras concesiones petroleras de Mares y Barco significaron verdaderas catástrofes para los pueblos indígenas del Magdalena Medio y El Catatumbo.

*“En lo que hoy es Barrancabermeja vivía un pueblo de lengua caribe, Carares, Opones o Yariguíes resistieron cuatro siglos. Pipatón y Yarima, sus líderes, se recuerdan por sus episodios heroicos que protagonizó su pueblo en la resistencia contra los españoles. Sin embargo, lo que no pudieron las espadas y las balas europeas y criollas, lo que no hicieron las concesiones para extraer quina entregadas a compañías de Bucaramanga y Europa, lo hizo la oscura mancha de las petroleras, las trochas de la Tropical (Standard Oil, hoy Exxon) y las enfermedades blancas que penetraron por ellas hasta exterminar a los indígenas; hace cuarenta años ya no quedaba ni una decena de Yaraguíes y hoy no hay uno solo. Ese es el progreso y el desarrollo de que hablan las transnacionales petroleras y ese es su resultado para los pueblos indígenas. De ellos quedan hoy los vocabularios recolectados por Geo Von Lengerke y el espíritu guerrero de los barranqueños”.*⁷

⁷ ONIC. El territorio y la vida nos pertenecen. Ponencia al Congreso por la Paz, Ecopetrol-USO, Bogotá, agosto de 1996.

Puede ser reiterativa esta forma de relatar nuestra relación con el desarrollo, pero nos parece más útil que discutir teóricamente sobre lo que significa. Sobre todo, ilustra que si los pueblos indígenas pretenden preservar sobre la tierra, deben conquistar de nuevo una relación de equilibrio con la Madre Naturaleza. Esto no se hace por pedazos de tierra porque se trata de la Madre, o contando solo con las ceremonias de nuestros viejos porque se necesita también que el hombre blanco entienda.

La única forma en que podemos reconstruir el equilibrio perdido, es si reconstruimos nuestro territorio como unidad del pensamiento del hacer cotidiano. La lucha por el territorio atraviesa hoy nuestra vida como pueblos. Necesitamos, para vivir, conocer e indicar el horizonte de lo que ocurre en nuestro territorio, saber de los nacimientos y de los ocasos, de las personas y de los pájaros, impedir que abran el corazón de la Madre, proteger los lugares sagrados de la profanación del dinero, habitarlo todo con el cuerpo pero sobre todo con el pensamiento, enseñar al que pasa que cada hierba y cada piedra sostiene un sueño o una cordillera (...) Cuando decimos territorio, decimos que nacimos de la Madre y damos vida a la Madre.

Queremos también imaginar y hacer nuestra cultura. Pero eso no es sencillo. Cuando Europa tropezó con nosotros, no era simplemente “el otro”, pues venía armado de negación y de fuego; casi todos debimos convertirnos en guerreros; los niños se hicieron guerreros, las mujeres se hicieron guerreras, los saklas (sabio sacerdote de la comunidad Tule), se hicieron guerreros... ***¿Cómo es posible pensar la cultura en su totalidad, si la vida se ha vuelto una constante lucha por sobrevivir, en una guerra por el agua y la tierra?***

Todo el tiempo dedicado a evitar la muerte, fue tiempo que no pudimos utilizar para pensar la vida. Pero mientras dejamos de pensarnos a nosotros mismos, otros lo hicieron, mientras nos dedicábamos a defendernos, se fueron haciendo unas enormes lagunas en el conocimiento, en la autoevaluación, en la dignidad y en la

confianza en nuestro propio saber. Para volver a llenar las lagunas de la memoria y el saber, con los ríos que nacen de nuestro propio cuerpo, es necesario rehacer la geografía de nuestros pueblos.

Juntarnos sin la presión del desarrollo, sin la angustia del tiempo electoral, sin la obligación de decidir dónde invertir un dinero que no sabemos qué es, ni cómo nace. Pero lo más difícil es juntarnos a pensar en nosotros mismos cuando muchos de los nuestros tienen la vista puesta en el afuera. El prestigio de occidente es muy grande, porque es poderoso, porque tiene los hornos más grandes, hace el ruido más intenso y tiene el libro de Records Guinness...

Algunos historiadores hablan del “proyecto de nación” cuando se refieren a la comunidad imaginaria que los pueblos occidentales han construido y construyen permanentemente. Nosotros hablamos de “planes y proyectos de vida” para hablar de lo que queremos ser a partir de lo que fuimos y somos. El plan de vida es un reencuentro con las comunidades, con su camino. Significa retomar las palabras que dejamos de decir, volver a llamarnos por los nombres que nos dejaron los abuelos, sembrar el territorio otra vez con los espíritus, creer en nuestra mirada y en nuestro saber, pensar con cabeza propia.

Hemos dejado de tener relaciones directas con nuestros antepasados. Restablecer esa comunicación es la tarea fundamental, nuestra meta. Si nuestra resistencia centenaria no sirve para volver a tocar las estrellas con las manos, ¿para qué la preocupación de todos, los llantos y los muertos? No se trata de una metáfora, se trata de un deber nuestro. Y para poder hacerlo, debemos ponernos la máscara primigenia, la máscara de hijos del sol, de la anaconda y del águila. Y sobre todo, se necesita preparar el corazón.

No somos ingenuos respecto a nuestro futuro. Tal vez les parezca exagerado, pero nuestro reto, tal vez nuestro objetivo, es entregar a la vida, dentro de algunas décadas, la misma cantidad de pue-

blos indígenas existentes en la actualidad. Por un instante, piensen en la angustia de 84 pueblos que tienen como tema principal de su vida la posibilidad de extinción física y cultural. No disminuye esa angustia porque lleguen carreteras, o porque tengamos más profesionales, o porque nos inunde el dinero del petróleo o la coca, o porque asistamos a un número infinito de talleres sobre biodiversidad, o porque nos atiendan en una oficina del gobierno.

Creemos que la certeza de existir como pueblos, dentro de unas décadas, depende de la alianza que podamos hacer con aquellos que nos comprendan con el corazón. Depende de la fuerza que logremos construir para actuar y ser reconocidos como sujetos políticos, como pueblos. Depende de la comprensión y la tarea que tengamos y emprendamos –nosotros y nuestros amigos- para restituirle a la Madre Naturaleza el equilibrio que le hemos quitado, y que solo se logra si defendemos nuestra territorialidad.

Podemos vivir, podemos seguir sosteniendo el equilibrio del mundo, si rehacemos nuestros planes de vida. Si tocamos con las manos a nuestros abuelos-estrellas. Si preparamos el corazón.

Necesitamos tiempo para preparar el corazón. Y aquí viene nuestra solicitud, que nos sale de la memoria:

¿Podemos inventar con ustedes ese tiempo?